

EL CORAZÓN DE DON MARIO BRICEÑO IRAGORRY EN TRUJILLO

Raúl Díaz Castañeda

(Discurso pronunciado en el Centro de Historia del Estado Trujillo el 24 de octubre de 1991, en uno de los actos de celebración por el traslado del corazón de Don Mario Briceño Iragorry a la Catedral de Trujillo. Tomado del Vol.15 N°58, diciembre 1991 del Boletín del Centro de Historia del Estado Trujillo.)

Veníamos de la noche. Íbamos a Mérida. Atravesamos el desierto larense, tierras castigadas por largas sequías y soles que de tanto brillo emblanquecen el aire. Con las primeras luces llegamos a Valera. De allí en adelante todo cambió. La gente y el paisaje fueron otros. Lo que sabíamos ocre y calcinado bajo las estrellas, se volvió fresca y verdor; amable lo rijoso; y la planicie fue ganando altura, haciéndose cerros cada vez más altos, y un perfumado rumor de río nos acompañó hasta el final.

En la dura y jadeante camioneta subimos y subimos, hacia donde las neblinas movidas por el viento, se convierten en venados blancos que anuncian la cercanía del dictamo real verdadero, el que otorga la salud perfecta y la virilidad incansable, visible cuando a cierta hora se hace fosforescente con el plenilunio. Eso lo supe después.

Todos íbamos cubiertos por el polvo, silenciosos, indiferentes a los estremecimientos del motor violentado por la palanca de velocidades, cada quien sumido en sus propios pensamientos, pero los míos, deslumbrados por la maravilla de la montaña, apenas tuvieron tiempo para la nostalgia, para regresar por instantes a la partida, a la dolorosa íntima ceremonia, que en mi casa había sido para mí, el definitivo adiós a los padres, ese del que habla Peter Weiss. También eso lo supe después.

La maravilla de la montaña. La carretera, que parecía una culebra de polvo. El río, que parecía una culebra de agua. El verde tapiz de los cerros, con plateados, aquí y allá, de yagrumos, o rojos de bucares. Los vallecitos con el verde verde de la lechuga, el verde azulado de los repollos, el verde rojizo de las remolachas, el verde amarillento de las zanahorias. Más arriba, la eflorescencia de la papa negra y el dorado de los trigales. Cercas de piedra. Terneros peludos. Ruanas, sombreros y trabajo. Y más arriba, ya en el reino del frailejón, los duros cuchillos de los vientos del páramo. Alegría de la tierra. Algo de lo mucho que vio Mario Briceño Iragorry, cuando en 1918 se fue a Mérida a continuar sus estudios universitarios. Alegría de la tierra que se perdió, pero cuyas visiones él recogió en un libro con ese nombre.

Al lado del chofer, un hombre que fue emergiendo de las tinieblas de la madrugada, para convertirse en flux de casimir, corbata, anteojos oscuros y bigotico a lo Jorge Negrete, dijo, señalando hacia las cumbres: "Ahí detrás están las

alturas de la Mocotí, donde el Tigre de Guaitó derrotó al León de la Cordillera. Pudo más la fuerza de los cojones del indio Montilla, que la destreza con el cuatrolíneas de los macheteros de Jajó, y el viejo general, sobre su mula caribaya, vio con los ojos humedecidos por la arrechera, la derrota de sus tropas coloradas. Porque esos eran hombres de verdad, hasta que las sagradas del general Gómez acabaron con ellos, no como estos de ahora, que quieren tumbar con papelitos y discursos a mi general Pérez Jiménez”. Mario Briceño Iragorry pertenecía a ese grupo de intelectuales inconformes aludidos por el esbirro.

Corrían los días difíciles de septiembre de 1952. De “los tres cochinitos” de la Junta de Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela, subidos al Poder después del golpe de Estado contra el presidente Gallegos el 24 de noviembre de 1948, quedaban dos: Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez. El otro, el coronel Carlos Delgado Chalbaud, había sido asesinado en un atentado confuso el 13 de noviembre de 1950. De nuevo la fuerza bruta en la historia venezolana. Era la trágica herencia inevitable del nefasto madrugonazo del 18 de octubre de 1945: otra vez las bayonetas sobre Venezuela, como dijo en México, poco después, Valmore Rodríguez, bayonetas caladas por jóvenes políticos calenturientos, cegados por una ambición irresponsable, acontecimiento hoy relegado al silencio exculpatorio, que interrumpió el proceso democrático iniciado y adelantado en gran trecho por el presidente Medina Angarita. En 1951 fue abolida la autonomía universitaria y clausurada la Universidad Central, casa de estudios superiores donde Mario Briceño Iragorry había enseñado que “el verdadero significado de la democracia es dar a cada quien las posibilidades para el desarrollo máximo de sus capacidades”, como lo recordó Francisco de Venanzi el 4 de febrero de 1958, en el acto de apertura de las actividades universitarias, al encargarse la Comisión Universitaria de la dirección de la Universidad Central.

En ese septiembre de 1952, Mérida pasó de achatada y quieta ciudad de puntuales lloviznas verpertinas, serenatas y obligación de misa dominical, a agitada e hirviente menestra de estudiantes provenientes de todas las regiones del país, que atiboraban pensiones, hoteluchos, bares y billares, y buscaban las candelas de la condenación venérea en los jardines de Neisser de los burdeles de Cuatro Piedras, a la espera de que el no muy magnífico rector Joaquín Mármol Luzardo, con la anuencia oficial del gobernador Tálamo, decidiera el inicio de clases. En su mayoría, quienes ese año comenzábamos los estudios universitarios, no sabíamos en profundidad por qué estábamos allí. Sabíamos de la dictadura, pero eso no nos importaba mucho, y poco o nada hablábamos de ella, pues la advertencia paterna fue abrir lo menos posible la boca y hacerle honores al miedo, y la Universidad, convertida en taguara de segundones, no era otra cosa que la necesaria matadura para lograr el título de doctor y adquirir con él la posibilidad de entrarle, como río a conuco, al tesoro nacional, alimentado por el río negro del

petróleo, el *stercus demonis*, como lo llamó en la Conquista el fino Fernández de Oviedo, para no repetir el nombre que el indio le daba, “mierda del diablo”, riqueza de la que se quejaba don Mario, porque la magnífica oportunidad de sembrarlo para el desarrollo integral y armónico de la nación, como lo proponían Alberto Adriani y Arturo Uslar Pietri, era relegada por el consumismo de lo suntuario, para que nos convirtiéramos en un gran supermercado, en sucursales de Broadway y Brooklyn, parecidos a los que “debieron haber sido los depósitos de la Compañía Guipuzcoana, contra los cuales se levantó en nombre de la Patria Juan Francisco de León”.

En noviembre de ese año, 1952, el profesor Luis Rengel Sánchez, que desde Ecuador había ido a Mérida a dictar la cátedra de Anatomía Humana, en el anfiteatro, sobre la mesa de disecciones, nos mostró un corazón, una desflecada cecina impregnada en formol. En el IV libro del Testut-Latarjet, con magníficos dibujos de Dupret, Devy y Boulenaz, terminamos de aprender la lección que con voz de quena, triste y distante como el canto del yaraví, nos dio el Profesor. Podemos hoy repetirla.

El corazón es una víscera muscular hueca, situada en la parte anteroinferior del mediastino, el espacio que dentro del tórax queda entre los pulmones. Tiene dos lados: uno derecho y otro izquierdo, y en cada lado una aurícula y un ventrículo, cavidades comunicadas entre sí por un sistema valvular fibroso, en el lado izquierdo llamado mitral, porque se parece a la mitra, el gorro de los obispos, y en el lado derecho tricúspide, porque tiene tres puntas. El ventrículo, es decir, el vientrecito, es más amplio y más grueso, y su interior, con sus pilares y cuerdas, semeja la leve estructura de una catedral gótica, aunque también la carpa de un circo. La aurícula, que es su entrada, recibió ese nombre porque sobre ella cabalga un capuchito que parece la pequeña oreja de un animalillo manso, pero los primeros anatomistas quisieron verla, más poéticamente, como un *atrium*, como la entrada de algunos templos y palacios. Hay, pues, en estos nombres, una cierta solemnidad de consagración, aun en el vientrecito, que si lleva a lo más inmediato de la vida, al estómago, también el vientre es posibilidad de creación, de vida.

No podría decirlo, porque lo ignoro y no lo intuyo, dónde asienta el alma, que es asunto de la fe. Puedo, sí, decir que los antiguos, cuando la Medicina transitaba torpemente el camino de los humores que Hipócrates y Galeno le habían trazado, atribuían al hígado y al bazo ciertas alteraciones del ánimo. Para ellos la melancolía, como sugiere su nombre, era causada por la bilis negra, y los ingleses, fieles a la tradición, acuñaron la palabra *spleen* (bazo) para designar cierto tipo de tristeza: “*To vent one’s spleen*”. Pero para la mayoría de los hombres, es el corazón el órgano donde nacen los sentimientos y las emociones, y no pocos han creído que él es, también, habitáculo del alma y fuente de la inteligencia. *Cor habere*, decía Cicerón de la sabiduría, y *cordi est mihi*, cuando al alma se refería.

Se trata de un mito. El corazón es una pobre bomba, cuya elemental función es mantener circulando la sangre en las arterias y las venas. Así como los astronautas que pusieron los pies sobre la luna, la convirtieron, para frustración de los poetas románticos, en lo que ya se sabía que era: una pobre piedra muerta iluminada, los cirujanos cardiovasculares, al desprender un corazón enfermo para sustituirlo por uno sano, demuestran a diario que el corazón es una víscera desechable, que puede ser cambiado sin que el individuo pierda su inteligencia o su modo de ser.

¿Por qué, entonces, el mito? Porque el corazón, que se gobierna a sí mismo, que es autárquico, y no pocas veces anárquico, puede ser influido, desde afuera, por sustancias bioquímicas o farmacológicas. Cuando se produce una emoción, un súbito enamoramiento, por ejemplo, algunas glándulas drenan hacia el torrente sanguíneo productos que aceleran el ritmo cardíaco, o lo enloquecen, y es eso lo que se siente: no el amor, que es una elaboración de la inteligencia, sino ese desbocamiento del corazón, un como susto que nos ahoga.

El mito no se limita a eso. Hay algo más. Se cree, o se dice, que un hombre bueno es un hombre de corazón grande. Nada más lejos de la verdad verdadera. Un corazón grande, lo que los médicos llamamos cardiomegalia, es un corazón enfermo, y cuando es enorme y casi no cabe dentro del pecho, la Medicina no lo exalta como la mitología, sino que lo escarnece: *cor bovis*, le dice.

Todo ocurre en el cerebro. Los sentimientos y las emociones, la conducta y la inteligencia, la realidad y el sueño, son elaboraciones del cerebro. El cuerpo, bello o feo, fresco o marchito, no sirve para otra cosa que no sea sostener la cabeza. Giacomo Leopardi, el extraordinario poeta de “Zibaldone”, es un claro ejemplo de esa verdad, que a veces resulta trágica. Es en el cerebro donde se da el relámpago, con su fuerza y luminosidad. El trueno avanza y estremece al corazón, y es eso lo que se percibe. Es allí, en el cerebro, donde está el huevo de la serpiente, el todo en el uno; la serpiente como símbolo de la creación y la destrucción, del principio y el fin, de la inteligencia y la tiniebla, y desde allí se alarga y muerde al pobre corazón, al que inyecta sus venenos del bien y del mal.

Soy de los que creen que la justicia y la bondad útil como conductas existenciales, eso de lo que tanto y bellamente hablaba Mario Briceño Iragorry, solamente pueden ser ejercidas por quienes tienen el privilegio de una inteligencia luminosa, fecunda y equilibrada, una inteligencia en elevación, espiritualizada. En esta idea, la maldad, la injusticia, la parte oscura del hombre, la tiniebla, queda reservada a la chatura mental, al cerebro primitivo, ese que en la evolución nos viene de los reptiles, quintaesencia de ese infierno de instintos que es el cerebro antiguo, el paleoencéfalo, y Dios, esto es, la Luz, secreción del cerebro anterior, del neoencéfalo: la inteligencia suprema. Por eso cité al Leopardi de “Zibaldone”, porque él, a pesar de su escepticismo, sustentaba, como Unamuno, “la opinión de

un Dios providente, esto es, de un ser superior a nosotros en sabiduría e inteligencia que dispone de cualquier caso nuestro... un consuelo mayor a cualquier otro posible”, palabras parecidas a las de Mario Briceño Iragorry, que era creyente. Desde este punto de vista Dios y el diablo moran en el hombre, casi amigablemente, como lo insinuaba Papini, y se vislumbra la triunidad: alma, cuerpo y espíritu; agua, fuego y sal, ideas un tanto confusas que se encuentran en las escrituras herméticas. No es arbitrario por esto pensar, en lo terreno, con Bertrand Russell, que Cristo, Siddhartha y Sócrates fueron inteligencias altísimas, muy cercanas a Dios. Sé que me arriesgo a que muchos de los que oigan estos criterios, piensen que de estar aquí don Mario, que era hombre de fe, católico convencido, arrugaría la frente al escucharme, porque él, que después de confesar y recibir la Eucaristía, como lo hacía frecuentemente según afirmación de su hija Beatriz Briceño Picón en su librito “Retazos”, murió abrazado a un crucifijo. Creo que no arrugaría la frente al escucharme. Creo que sonreiría con indulgencia, porque el Mario Briceño Iragorry que en 1954 escribe una carta a su amigo Monseñor Nicolás Navarro, para relatarle lo que para él fue una pesadilla en Roma, al ver “que los grandes reclinatorios de la capilla del Sacramento y de la tumba y de la estatua de San Pedro acababan de ser recubiertos de terciopelo rojo y acondicionados con grandes cojines; la puerta de bronce de la Basílica había sido abierta y a su entrada cuatro canónigos y un acólito con aceite esperaban a alguien. Imaginé -continúa- que se trataba de algún personaje de gran lustre; vísperas de la fiesta del *Corpus Domini*, supuse que el Vicario de Roma viniese a algo. Quedéme cerca de la entrada y, ¡Dios lo que vi! Entre guardias con vistosas hopalandas entraba Rafael Leonidas Trujillo, quien acababa de firmar un Concordato con el Excmo. Tardini”. No es necesario decir que Trujillo, ese que entraba con honores en el templo de San Pedro, era un asesino, un dictador que por muchos años había sometido a su pueblo dominicano a vejámenes y torturas mortales. Pero la fe de Mario Briceño Iragorry, que no era la fe del carbonero, a pesar de su amargura por aquel espectáculo miserable y bochornoso, le hizo ver la verdad oculta de la situación paradójica, por eso concluye en la carta: “El Dictador dominicano venía a platicar con un pontífice que se bajaba de la Cátedra de San Pedro para entender de negocios adventicios, que nada tienen que hacer con la esencia de la fe”. Eso no es diferente, a mí modo de entender, de lo que escribe en El hijo de Agar: “Mi cristianismo es un cristianismo que busca en la Iglesia, no su alero acogedor, sino el tabernáculo de adentro. Es un cristianismo de sacramentos. No un cristianismo de sombra y campanario... Ese Cristo formal de los altares, mudo en su largo dolor, inactivo en su actitud de permanente crucificado, pareciera que se empeñasen en exaltarlo los representantes del orden de la moderna sociedad cristiana, mientras por otra parte sellan y condenan su palabra generosa”. El fondo que hay en esa confesión de fe útil, para el servicio más que para la salvación, no es distinto de lo que Russell escribe en su libro “Por qué no soy cristiano”: “El mundo que querría ver sería un mundo libre de la virulencia de

las hostilidades de grupo y capaz de realizar la felicidad para todos mediante la cooperación". Esta coincidencia de dos ideologías distintas no es casual, sino el resultado de reflexiones inteligentes al margen de la fe. No tuvo tiempo don Mario Briceño Iragorry para conocer la "rebelión interna" de la Iglesia, animada por el pensamiento de Juan XXIII y Pablo VI, después del Concilio Vaticano II, en 1965, y de las encíclicas *Pacem in Terris* y *Mater et Magistra*, que obligaron a un aggiornamento del catolicismo, que casi se hizo subversivo con la teología de la liberación, a nombre de la cual Don Antonio Batista Frago, obispo de Crateus, Brasil, al denunciar los horrores de la dictadura militar brasileña de aquellos días, dio una interpretación no oficial, y acaso inconveniente a la Jerarquía Eclesiástica, cuando ante una multitud de trabajadores dijo que "Cristo no vino solamente a liberar al hombre de sus pecados, sino a liberarle también de las consecuencias de estos. Estas consecuencias -agregó- se hayan presentes en nuestros hogares, en nuestras calles, en nuestra ciudad, en el interior de nuestro país, y se llaman 'prostitución', 'discriminación racial', 'marginamiento del campesino', 'carencia de carreteras', 'falta de casas e higiene', 'dinero concentrado en pocas manos', 'la tierra en poder de unos pocos' ". Eso, que resume también la realidad venezolana, la que vivió don Mario y la que ahora vivimos, este lo hubiera suscrito sin temblor de la mano, porque su fe cristiana fue consciente y argumentada, muy alta, pero no más alta que su inteligencia.

Volvamos al mito del corazón. "Los mitos -decía Salustio- son hechos jamás ocurridos pero eternos". El mito no es tanto la errada explicación de un hecho ocurrido o no, al que la creencia popular y el tiempo otorgan permanencia, sino la concreción de un conocimiento que no encaja perfectamente en lo inteligible. Se trata, pues, de una metáfora, de una sobrerrealidad, es decir, de una forma poética. La poesía es arte. "Tenemos el arte para no sucumbir con la verdad", escribió Nietzsche. Por imperativos del arte aceptemos, entonces, que en el corazón del hombre está el fuego que Prometeo robó a los dioses.

Mario Briceño Iragorry murió a los 61 años de su edad. Según los parámetros etarios de nuestra época, podemos afirmar que comenzaba su vejez. Eso ocurrió el 6 de junio de 1958, poco después de su regreso de un exilio de seis años. Murió de enfermedad cardíaca. Un año antes, en la Clínica Montallegro, de Génova, un edema pulmonar, que es grave complicación de la falla cardíaca, anunció el cercano e inevitable final. Varios caminos pueden llevar al deterioro del corazón. Hay una predisposición familiar. Otros se originan en alteraciones nutricionales o tienen por causa agentes bacterianos o parasitarios. Influyen también situaciones que los especialistas llaman factores de riesgo, y entre estos el estrés o síndrome general de adaptación. Por ser el estrés un conjunto de reacciones de adecuación necesaria a una determinada circunstancia, es, en principio, positivo, pero cuando la circunstancia que lo desencadena es compleja, o el individuo frente a ella entra

en hiperideación, en exceso de pensamiento o reflexión, la adaptación no se produce y conduce a un peligroso estado psicossomático, que va desde la simple fatiga inexplicable hasta la angustia, la ansiedad o una agobiante sensación de pesimismo o tristeza, a la depresión endógena, que si se prolongan terminan fijándose como enfermedad orgánica.

Quien haya leído a Mario Briceño Iragorry, desde su iniciación en la revista "Ariel" (nombre que recuerda al ángel rebelde en "El Paraíso Perdido" de Milton y en el "Fausto" de Goethe, aunque también el título de un libro del uruguayo José Enrique Rodó, que trata sobre la naturaleza de la democracia, y Beatriz Briceño Picón, en su librito antes mencionado, afirma que su padre, entre 1919 y 1920, con la ayuda de Roberto Picón Lares retornó a los caminos de su fe cristiana, lo que habla de rebeldía juvenil), revista, "Ariel", que él fundó en Trujillo cuando apenas tenía 17 años de edad, hasta sus "Diálogos de la soledad", editados en 1958, concluirá en que la circunstancia de Don Mario fue siempre Venezuela, no tanto la que se mete por los ojos, como dijo en el Ateneo de Valencia en 1952, en lectura que recogió con el título de "Suelo y hombres", sino aquella cuya naturaleza no hemos podido vencer, interpretación muy personal suya para la célebre frase de Bolívar durante el terremoto de 1812, a la que los realistas le acomodaron una intención de blasfemia, cuando lo que debe colegirse de ella, afirma él, es "un acto de fe suprema en las potencias del espíritu, todo un tratado de eficacia política, al cual nosotros culpablemente hemos dado la espalda". Esa "soledad" de los Diálogos finales y esa culpa confesada por el poco hacer por mejorar la desdicha venezolana, hablan de estrés negativo, de angustia existencial, y en esa agonía en la soledad, o más bien, en la soledad, uno oye el eco lejano de la agonía de Jesús en el Calvario, cuando reclama: "¡Dios mío, ¿por qué me has abandonado?!", y entiende por qué Don Mario, cristiano convencido, en esa agonía unamuniana, en el sentido de lucha, con dolor interior y angustia trascendente, contra la vida y contra la muerte, cuando le llega la hora última la recibe con los ojos en la imagen de un Corazón de Jesús y abrazado a un Crucifijo. Esa dolorosa circunstancia venezolana, trató él, en "Mensaje sin Destino", su libro más divulgado, de encerrarla en un concepto demasiado simple y no fácilmente comprensible: *crisis de pueblo*, que después amplía diciendo que como pueblo, los venezolanos, acaso recogidos bajo el "rígido esplendor" de nuestros héroes mayores, con el que tratamos de "compensar nuestras carencias sociales de pueblo", no hemos logrado entender la Historia, la que sin desvestirla de la brillantez del pasado, debe ejercitarse "como sentido de continuidad y permanencia creadora". Este concepto, asimilado a lo psicológico, es lo mismo que afirmar, más crudamente, como Herrera Luque en "Los viajeros de Indias", que los venezolanos, como pueblo, somos socialmente esquizoides, es decir, incoherentes, desarticulados de la realidad, atolondramiento que ya reconocía Gil Fortoul en Europa, cuando al saber la noticia de la muerte de Gómez, lo único que se le ocurrió comentar fue: "Murió el gran loquero de Venezuela".

Mario Briceño Iragorry no pudo adaptarse nunca a esa para él dolorosa y desesperante circunstancia, y esa inadaptación se le volvió angustia, agonía y muerte. No es por eso una frase del momento, sino una verdad del tamaño de un templo, la del Padre Barnola cuando dijo que Don Mario había muerto de "mal de Patria". Frente a esa circunstancia hizo Don Mario, según sus innecesarias explicaciones en el "Mensaje", lo que creyó su deber y su posibilidad, obediente a "una obligación cívica": gritar sin cansancio a los cuatro vientos nuestros errores sociales; denunciar sin ambages las deslealtades y la locura de los desastrosos dirigentes de la Venezuela petrolera, a la que en su último artículo periodístico llamó "Tierra de herejes"; exaltar nuestros valores históricos y culturales, para oponerlos a la incontrolada y distorsionadora penetración extranjera, lo que él calificaba de "bingüilismo desnaturalizador" de lo esencial venezolano. Para eso escribió "Tapices de Historia Patria", *Ad maiorem Patriae Gloriam*, porque -decía- "La Patria grande del futuro reclama los recios estribos de una Historia integral, que no satisfaga únicamente la curiosidad del lector acerca del pasado, sino que modifique también su concepción del presente". Para eso escribió "Casa León y su tiempo", para "junto con el examen de los orígenes de la oligarquía criolla (la integrada por los llamados "amos del Valle", como los calificara Herrera Luque) y de su influencia funesta en el gobierno... poner de bulto la eterna historia del rico e influyente hombre de la capital, que busca dominar con zalemas al magistrado, a fin de lograr que la fuerza del Estado apoye sus negocios", morbo que de llaga en aquel tiempo se ha convertido hoy en cáncer, para que la crisis no sea ya de pueblo sino del pueblo. Para eso escribió "El Caballo de Ledesma", "para defender la dignidad humana hasta el sacrificio; pensar libremente hasta quedar en la absoluta soledad", libro este motivado por su entusiasmo en favor de los países aliados contra el nazismo, hasta que el estallido de la bomba de Hiroshima "iluminó con sus tétricos resplandores los oscuros meandros donde se ocultaba la farsa democrática de los imperios".

Hizo lo que podía hacer: darle a su instrumento de lucha, la palabra, escrita o hablada, una función social, como lo destacó en 1947, el día que agradeció el Premio Nacional de Literatura que le fue otorgado durante el gobierno presidido por Rómulo Betancourt: que lo escrito o hablado se divorciara de lo retórico, que en "el viejo método suntuario buscó los adornos de las letras y las artes para mero decoro de una ostentosa burguesía, sino conceder, en cambio, a la palabra, como instrumento de integridad del problema humano, la función de absolver las disyuntivas que intentan profundizar abismos en el suelo de la conciencia nacional", pensamiento precursor de los iconoclastas de "El Techo de la Ballena", los intelectuales de la violencia de la década del 60, aquellos que en "El gran Magma", su manifiesto, dijeron que "pocas realidades son tan emocionantes como un hombre que rompe todas las liturgias del lenguaje"... (que eran) "un animal de piedra que resucita el mundo para bienestar de sus huéspedes", rebeldía que el

sistema lentamente deglutió, incorporando a sus entrañas a muchos de sus protagonistas y seguidores, que en adelantada vejez, frustrados por la impotencia, hicieron mutis para acogerse en la medianía, el runruneo, la quisicosa o la comodidad, que no fue, precisamente, el hacer de Mario Briceño Iragorry, que no abandonó su lucha, que ajustó su conducta a lo que predicó.

Espíritus mezquinos, de esos que encuentran en el rencor y la envidia oscuras satisfacciones, e ignorantes engreídos, que para justificación de la miseria de sus escasas luces o para ascender sin méritos se prestan a la calumnia o la necedad, de esos que tanto abundan en la zoología política venezolana, trataron en algún momento de roer la alta y sólida estatura moral de Mario Briceño Iragorry, por haber sido funcionario de la dictadura de Juan Vicente Gómez. Y es que entre 1919 y 1920, cuando apenas sobrepasaba la mayoría de edad, había sido profesor del Liceo Libertador, Director de Política y encargado de la Secretaría de Gobierno en el estado Mérida, y después docente y director del Liceo Andrés Bello en Caracas; sin embargo, por esa misma época, 1921, para hablarle de su revista "Actualidades", Rómulo Gallegos va a Maracay a hablar con el mismo dictador, y más tarde, 1922, dirige el Liceo Caracas; y el 18 de junio de 1923, Teresa de la Parra, revolucionaria de las letras venezolanas y precursora del feminismo positivo, escribió a ese mismo dictador una carta muy larga, en la que le solicitaba apoyo económico para publicar su primera novela. Y es que en 1921 Mario Briceño Iragorry ingresa en el Ministerio de Relaciones Exteriores a la Dirección de Política Internacional, pero allí trabajaban también Lisandro Alvarado, Jacinto Fombona y José Antonio Ramos Sucre. Pero esos detractores, que, como era de esperar, rápidamente desaparecieron en el más que merecido anonimato, no leyeron o convenientemente olvidaron, lo que Don Mario había dicho en el paraninfo de la Universidad Central de Venezuela el 5 de junio de 1925, cuando Gómez ejercía a plenitud su dictadura: "Hay como una lucha constante entre la justicia que quiere dominar y llenar los vacíos legales y aquellas leyes, hechas fuertes por la consagración política, por las necesidades relativas y las transitorias conveniencias... Perdura en cambio en el hombre y crece en proporción a sus fracasos, el anhelo de una justicia menos viciada, de una justicia que se acerque más a la soñada por él mismo en sus largas horas de fatigas, después de luchas sin cuento en el campo de todas las experiencias posibles. Ese anhelo de perfección que es objetivo de la ciencia jurídica desde siglos muy remotos, esas normas abstractas que desde el nacimiento de la filosofía helénica sirvieron de orientación a los idealistas del derecho primitivo, aún viven como en sueños no realizados, como luces que marcan rumbo en la búsqueda de una ley universal, amplia, comprensiva e impecable". Y olvidaron esos detractores, que Mario Briceño Iragorry, aunque muy amigo del presidente Medina fue uno de sus más severos críticos, al no separarse éste de la camarilla política que lo manipulaba; que se enfrentó a López Contreras; que adversó a los partidarios de Arturo Uslar Pietri y

Julio Medina Angarita; que después de los días de cárcel que le impusieron los triunfadores de la Revolución de Octubre, al retornar a la libertad por no encontrársele culpa, para sobrevivir, después de 25 años de altas posiciones en la administración pública, tuvo que montar en el patio de su casa una modesta fábrica de mermeladas.

En 1952, después de la publicación del "Mensaje", fue condenado por la dictadura perezjimenista al exilio geográfico. Pero tuvo otro exilio, quizás más doloroso que aquel, el exilio de la Venezuela de su esperanza, de la Venezuela que, a pesar de la realidad contundente, creía posible: una Venezuela digna, transparente y de nítida fisonomía. Es a esa Venezuela diferida a la que él desgarradamente convoca en el "Mensaje"; convoca y aparta. Convoca para la autenticidad, que ha sido rasgo poco frecuente en nuestro comportamiento individual y social, y para la honradez, ayer escasa, hoy en su carencia jactanciosa envileciendo la totalidad. Y aparta, trata de apartar, del nefasto casalionismo, que ha sido, desde los días mismos de la Colonia, desde los tiempos de Casa León, la tramposa solicitud de la corrupción. En el "Mensaje", como fórmula de exorcismo contra el imperialismo acechante, propone la exaltación de lo nacional y la lealtad a lo regional, no por pequeñez aldeana, por parroquialismo mediocre, a contrapelo de los avances científicos y tecnológicos que llevan a la universalización de la sociedad moderna, a la planetización de McLuhan, porque para él, que se situaba en realidades, "el nacionalismo no es categoría impuesta al internacionalismo, sino al imperialismo", ese que propone y dispone con la fuerza de su poder económico y bélico, el destino de las naciones débiles, imperio que hoy ejerce como nunca otro antes en la Historia, el capitalismo guerrerrista de los Estados Unidos, con sus tentáculos transnacionales, convertido en juez y parte en los problemas de las demás naciones del mundo, deificado por su omnisciencia, omnipresencia y omnipotencia, después del derrumbe del comunismo momificado de la Unión Soviética y de la dosis letal mínima que de su preparación para la "Guerra de las Galaxias", le aplicaron a la locura de Saddam Hussein en el Golfo Pérsico.

Pero Mario Briceño Iragorry, como en su momento Juan Vicente González, Cecilio Acosta, Fermín Toro, Augusto Mijares y Orlando Araujo, escribió y habló para un pueblo de analfabetos reales o funcionales, de sordos y descerebrados, a sabiendas que como en el caso de San Francisco de Asís, a cuya obra dedicó el discurso de su incorporación como Individuo de Número de la Academia de la Lengua, la venezolana, correspondiente de la española, en 1932, más valen las obras que las palabras conmovedoras y estudiadas, más valen las "enseñanzas prácticas, que la prédica escolástica de sapientes cruzados, porque mayor elocuencia cobra y más aliento adquiere, el maestro que verifica con peligro de vida la exactitud de la experiencia, que el catedrático que expone deslumbrantes razonamientos".

Íbamos a Mérida, dije al principio, refiriéndome al año 1952, ya con el sello de la ambición del dinero fácil sobre la frente, un río de jóvenes aspiraciones, que sin un claro destino trataba de abrirse cauce propio, individualista, dionisiaco, en aquella grave crisis de pueblo. Éramos los primeros hijos legítimos del Saturno petrolero, no el que enseñó a los hombres la agricultura, sino el que pintó Goya en horrorosa filiofagia, pero la miopía que nos imponía la situación del momento, no nos permitía intuir que tarde o temprano ese nuevo padre de la nacionalidad distorsionada, nos devoraría. El lodo que hoy nos envuelve es el resultado de aquellos polvos: sembramos vientos y hoy recogemos la tempestad de ignominia que nos asusta como personas, nos envilece como ciudadanos y nos avergüenza como pueblo. Ahora sé, y tal vez lo saben casi todos los que entonces nada sabíamos, que nosotros, nuestra generación, era la destinataria directa del "Mensaje". En la década de la violencia, Adriano González León, en su novela "País Portátil" escoge como epígrafe una complacencia de la Chrysler Corporation: "Venezuela is rolling. And it's rolling in cars and trucks made in Venezuela. Chrysler is rolling along in step with the progress of a great democratic nation". Ahora sabemos hacia dónde nos llevaba ese "rolling": hacia el borde del abismo. Ya no somos un país portátil. No somos nada. Venezuela no existe.

He pensado mucho sobre este acto. Me he preguntado con temor si Mario Briceño Iragorry lo hubiese aprobado. Hay en él un algo de necrofilia. El corazón de Mario Briceño Iragorry hoy aquí, puede ser parte de la liturgia de lo histórico que él tanto criticó. Sé que no es esa la intención, pero pudiera ser ese el resultado. El corazón de Mario Briceño Iragorry hoy aquí, es bueno como símbolo de una necesaria conciencia inquebrantable. Como referencia de un amor insobornable por lo mejor venezolano, no puede ser negado. Pero al margen de lo simbólico, en el plano de la realidad, lo que de Mario Briceño Iragorry vale es su pensamiento. Lo que debemos encender, no como tambaleante llama de la consagración, sino como fuego purificador de la podredumbre que hoy llaga al país, es su ideario. Lo que debemos hacer es darle destino a su mensaje.

Recibamos su corazón, su pobre corazón que enfermó de mal de Patria, que dejó de latir en la frustrada aurora de lo que pudo haber sido el rescate de la dignidad venezolana, hoy perdida en el absurdo, la irresponsabilidad y la corrupción de los poderes del Estado y la alienación popular. Pero que quede claro que lo que valió de Mario Briceño Iragorry no fue su corazón, más bien de débil contextura, sino su cerebro prodigioso, que pudo conciliar muy altamente su inteligencia y su fe, como lo propuso un contemporáneo suyo: Teilhard de Chardin.

Dije, con pesar, que Venezuela no existe. No es negación pesimista, sino conclusión simple del análisis de nuestra realidad. Somos, como nación, una suma

de falsedades. Y lo que verdaderamente somos, y más que eso, lo que podemos ser, no lo vemos, o no podemos verlo, o no queremos. Uno de los cuadros famosos que siempre me ha impresionado, no tanto por su calidad plástica cuanto, por su dramatismo, es el de los ciegos de Pedro Brueghel el Viejo, interpretación de la parábola de Cristo en Lucas 6.39 y Mateo 15.14: "¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?". Eso somos: ciegos conduciendo ciegos. En uno de sus mejores libros, "Prosas de Llanto", editado en 1969 por el Ateneo de Boconó, en el "Responso con luces para Don Gnocchi", dedicado a un abnegado sacerdote que se dio en cuerpo y alma a los niños de la guerra, para al final donar sus córneas a un niño ciego, Mario Briceño Iragorry dice en el último párrafo: "Tu vida útil la dedicaste a reparar la deficiencia física de los niños mutilados por la guerra, ayuda hoy, con la gracia que has ganado por tu inmenso amor, a que los hombres todos puedan rehacer la maltrecha arquitectura de sus almas... Préstales tus córneas, ¡oh, maravilloso, tierno y dulce don Gnocchi!..."

Algo parecido pudiéramos decir hoy: Préstanos tus córneas, ¡oh, maravilloso, tierno y dulce don Mario, para ver la Venezuela que vieron los ojos de tu esperanza!